

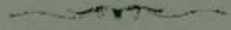
ÁNGEL DEL ARCO Y MOLINERO.

ROMANCERO
DE GRANADA

CON UN PRÓLOGO

DE

Don Antonio López Muñoz



GRANADA
Imprenta de EL PUEBLO
1892

Biblioteca Universitaria

GRANADA

B

Estadística 11

260(26)

DE GRANADA

Don Antonio Lopez Miroz

GRANADA

ESTADÍSTICA

11

R-26.220

ROMANCERO DE LA CONQUISTA DE GRANADA



31 Julio 1892

Sr. D. Ilías Pelcayo fo-
mir.

Señor y amigo de toda
mi consideracion: Habien-
do publicado un Koman-
cero de la conquista de Gra-
nada con prologo de don Lu-
tonio Lopez Muñoz, en un
ya modesta obra hago el recu-
ento de los hechos ilustres re-
alizados por invicto, caballe-
ro cristiano en la rendicion

de esta ciudad, acontecimiento
glorioso que actualmente se con-
memora, véome precisado á de-
mandar para mi libro la pro-
teccion de las Autoridades, Cor-
poraciones, y personas ilustres
que me honran con su
amistad: en su virtud ruego
á V. que me dispense la merced
de aceptar el ejemplar adjun-
to de mi obra; y tenga V. por
cierto que al admitirlo no le
estimaré tanto el pequeño de-
sembolso que representa -
(1.50 Pesos) como la señalada

distincion que me otorga.

Porello le quedará altamente
reconocido su atto

y A. G. P. S. M.

Angel del Prozellinero



ÁNGEL DEL ARCO Y MOLINERO,

DEL CUERPO FACULTATIVO DE ARCHIVEROS, BIBLIOTECARIOS Y ANTICUARIOS.

ROMANCIERO

DE

LA CONQUISTA DE GRANADA,

CON UN PRÓLOGO

DE

D. ANTONIO LÓPEZ MUÑOZ,

CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO.



GRANADA.

TIP. DE CALIXTO ÁLVAREZ LOZANO,

1889.

i 16462117

LIBRO DEL ARCO Y MONTAÑO

DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

ROMANERO

LA CONQUISTA DE GRANADA

CON UN PROLOGO

D. ANTONIO LÓPEZ MUÑOZ

Es propiedad

Al Excmo. é Ilmo. Señor

D. JOSÉ LÓPEZ DOMÍNGUEZ

EXMINISTRO DE LA GUERRA,

TENIENTE GENERAL DE LOS EJÉRCITOS, DIPUTADO Á CORTES,

GRAN CRUZ DE SAN FERNANDO Y SAN HERMENEGILDO,

ETC., ETC.

NADIE con más merecimientos que V. E., debe honrar con su nombre la primera página de mi libro; porque en él no he procurado otro fin que hacer el recuento de las pasadas grandezas de mi patria, presentando los hechos hazañosos de aquellos invencibles varones que realizaron la empresa quizá más gloriosa de nuestra Historia, y reflejar, digámoslo así, aquellas virtudes militares y políticas, que en tan alto grado se vén acreditadas en V. E.

Acepte, pues, esta dedicatoria, como testimonio cierto de la consideración y respetuosa amistad de

El Autor.

PRÓLOGO.

No es mi propósito hacer la presentación del Sr. Arco Molinero en el mundo literario, donde ya es bien conocido, ni recomendar esta obra que ahora dá á la estampa, porque ella se recomienda por si sola, ni, en fin, convertirme en crítico del autor ó del poema, porque el ser del *oficio* me inhabilita para el cargo.

Me propongo únicamente responder á la certés invitación del poeta, poniendo, con pretexto de algunas reflexiones, mi nombre al lado del *sayo*; con lo cual piensa él ganar honra, cuando hé de ser yo realmente quien la gane. Y vea el lector cómo dispensando una merced, que para el poeta lo es este prólogo, recibo yo la de escribirlo; pudiendo, no solamente asociar mi nombre al del vate, sino también hallar motivo apropiado para espresar algo de lo que, siempre que cojo la pluma á propósito de materias literarias, pugna por escaparse de sus puntos.

Es cosa sabida que en toda obra de arte deben considerarse tres elementos: el fondo, la forma y la espresión; como que la belleza no es sino la adecuada espresión de la idea en la forma. Bajo cualquiera de esos aspectos que se considere el poema del Sr. Arco Molinero, es digno de estimación.

El fondo no puede ser más hermoso. Los altos hechos de la reconquista de Granada inflaman su inspiración, dando de este modo á su brillante numen fecundo y generoso empleo. Aunque no ostentara otro mérito la obra, bastaría ese para que le fuera debido el aplauso de la sana crítica, que ante todo tiene derecho perfecto á exigir cuentas al escritor del objeto á que consagra sus facultades.

Causa pena ver el estado á que llegan las costumbres literarias de estos últimos tiempos, corriendo parejas con las generales de la vida pública. La afición á las obras serias vá perdiéndose de un modo lamentable y rápido, el contagio toma proporciones aterradoras, y apenas hay media docena de escritores montados á la antigua que conservan cerrada su *fábrica* á piedra y lodo, para librarse del ambiente que forma la vida literaria. ¡Es cosa singular y digna de estudio! En todas partes, en todas las esferas en que la literatura puede vivir y ejercer sus naturales influencias, tiende á hacerse *ligera*, como ahora se dice, arrojando á manera de cosa inútil y á las veces estorbosa, los altos sentimientos, las concepciones vigorosas, las ideas profundas.

Buena prueba de ello es el teatro, entregado por completo á ese género insustancial, cuyo menor pecado es la insustancialidad y cuyos más preciados resortes son la desvergüenza y el escándalo. No he de discutir ahora si de este rebajamiento es responsable el público que desdeña las altas concepciones dramáticas y aplaude á rabiarse las impúdicas exhibiciones de las modernas revistas escénicas, ó si lo son los poetas y los actores que han viciado y corrompido el gusto del público, á fuerza de no ofrecerle mas que esos incentivos puramente sensuales, ó si *todos en ello pusimos nuestras manos*, como todos los pecadores en el cuerpo del Justo. Pero es lo cierto, que aquellos concursos que se entusiasmaban con los versos sublimes de *D. Alvaro*, con la animación y los primores de *La Bola de Nieve*, ó con la delicadeza de *La Cruz del Matrimonio*, hoy se rompen las manos aplaudiendo la canción del *caracolillo*, y se arrojarían de cabeza á las tablas cuando una tiple desenvuelta y provocativa pronuncia el *que se venga aquí*, que por lo visto vá á pasar á la historia entre las frases célebres de los grandes hombres.

Y no se achaque este fervor sensual á las clases populares, queriendo hacerles cargar con ese San Benito, como con otros muchos que no les cuadran. Precisamente ellas son la parte más sana de nuestro público; y siempre que se les hiere la fibra de los sentimientos puros, responden con entusiasmo. Algunas gentes que se llaman ilustradas, son las que suelen desdeñar las obras dramáticas vigorosas, alegando que ya son sobradas las penalidades de la vida, para que vengan los dramaturgos á afligirnos con nuevos sinsabores y á hacernos derramar nuevas lágrimas. ¡Como si las lágrimas que arranca la contemplación de las situaciones escénicas conmovedoras, no fueran lágrimas dulces que dejan en el ánimo, con la emoción de lo bello, consolador y noble rastro que purifica los afectos, templá la voluntad y convierte el pensamiento á generosos ideales!

Si apartamos la vista del teatro y la fijamos en cualquier otra manifestación de la actividad literaria, en ella y en todas, salvas por supuesto honrosas excepciones, habremos de advertir el predominio del

género ligero, harto pesado ciertamente para el buen gusto, según lo mucho que tarda en desaparecer de nuestras costum'bres, y lo mucho que gravita sobre la cultura nacional, dejándola maltrecha. En el periódico, en el libro, en el folleto, en la misma expresión oratoria, aun dentro de las mas respetables asambleas, se pasa como sobre ascuas por todo lo que es serio, y se busca con complacencia el deleite de lo chocarrero.

Ya hay pocos que escriban, y quizá menos que lean, aquellos artículos doctrinales que antes formaban el nervio de las publicaciones periódicas, y que hoy se sustituyen generalmente con chismes de vecindad, en que no se suele salvar ni aun el decoro del lenguaje. Con descaro increíble se venden públicamente libros bien escasos de miga literaria y harto sobrados de atrevimientos y deshonestidades, sin otro mérito que la impudicia. En los organismos deliberantes, santuario de las leyes, con frecuencia bajan las discusiones del alto nivel que les incumbe hasta la chirigota y la rencilla. La misma crítica, ejercida de ordinario por hombres faltos de serenidad de juicio y de ilustración bastante, obedece á la impresión y no á la reflexión madura, y se produce fuera de sus naturales condiciones, irritando con la burla y la chacota, antes que convenciendo con la razón y enseñando con el consejo. Tiénese por ingenio original al que es estravagante y antojadizo, y hay, en fin, por desgracia mucho ambiente para todo lo que es frívolo y obsceno, y poco y enrarecido para lo que es fruto de labor seria y tiene por objeto llevar á la vida social elementos de cultura y de progreso. Á tal extremo, que la frase consagrada para la definición de la poesia y de la oratoria, *pensar alto, sentir hondo y hablar claro*, parece hoy sustituida por esta otra: *pensar bajo, sentir mal y hablar verde*.

Nadie pensará seguramente, por esto, que yo considere fuera de los dominios del arte lo cómico, lo burlesco, lo humorístico, que tienen su propio valor estético, como lo más serio y sublime. Siempre se han cultivado esos géneros en la poesia y en la oratoria, y nada regocija tanto el ánimo como el chiste decente y oportuno, fuera de que también realiza una misión social importante, cuando se contiene en su esfera propia y se aplica con habilidad. Lo censurable es el pujo de tratarlo todo en broma, rebajando la dignidad de los asuntos, ó no eligiendo los que sean dignos, ó vistiendo lo que de suyo es cómico con el ropaje de lo indecoroso, á falta de ingenio para hallar su adecuada vestidura, que no es cosa tan clara como á primera vista parece, ni tan pronta como salir del paso con una desvergüenza que halague las malas pasiones del lector ó del oyente.

¿Donde está el origen del mal? Repito que no me propongo examinarlo ahora. Acaso muy pronto, con motivo de una solemnidad académica, trate por estenso esta materia, sosteniendo que semejante desorden proviene de nuestro mal *montage moral*, si la frase me es permiti-

da; y éste á su vez, de la perturbación producida en el orden de las ideas por el positivismo en sus múltiples formas. Pero de todos modos, hacen falta aquellos espíritus valientes de que hablaba el gran poeta, que, como los cruzados el cuerpo de Cristo del poder de los infieles, rescaten el cuerpo de las letras del poder de los escritores al uso y de los públicos á la moda; dando á la literatura la dignidad y ofreciéndole el respeto que le es debido, como arca santa que es, donde se custodian los tesoros inapreciables del ingenio humano.

Hé aqui el mérito principal que encuentro en el libro del Sr. Arco Molinero. Espíritu valiente, ha roto el círculo en que la moda aprisiona á la mayor parte de los escritores; y aun á riesgo de ser desdeñado por los más, leído por pocos y por muy contados aplaudido, va á buscar los motivos de su inspiración en las hazañas de nuestros héroes, en las gloriosas tradiciones nacionales, avivando de este modo el amor á la Patria, que es siempre fuente de generosos estímulos; y que si no muerto, porque es imposible que muera en corazones españoles, parece envuelto también en la corriente positivista que nos inunda, ó adormecido cuando menos al traidor arrullo de la sensualidad imperante.

Próximo á trasladarme con mi familia á Almuñecar una breve temporada, recibí el manuscrito del libro que me ocupa; y allá fué conmigo para ser leído y estudiado con el objeto de escribir este prólogo. Allí, á la caída de la tarde, á la orilla del agua, sintiendo estrellarse las olas en un peñón saliente, en el que la mano caprichosa del tiempo ha trazado la silueta de una gigante cabeza humana, donde las luces vagas del crepúsculo fingen movimientos animados, apareciendo entre el ruido del oleaje y del viento como el genio de la tierra que responde con carcajadas de desprecio á las iracundas embestidas del mar; allí donde á veces se escuchan las voces acompasadas, que parecen lamentos, de los marineros que tiran de las barcas haciéndolas rechinar sobre los barales, ó se ven las lanchas pescadoras, como palomas, deslizarse tranquilamente sobre el cristal de las aguas, mientras por el confin del horizonte cruza magestuosamente un buque de vapor ostentando penachos de humo como simbolo de su victoria sobre el abismo turbulento; allí, á la vista del sol que lánguidamente se reclina sobre el movable lecho adornado de púrpura; allí he saboreado las bellezas del *Romance-ro de la conquista de Granada*; y alguna vez al ver levantarse el disco de la luna para llenar de luz apacible los cielos y la tierra, admirando en ese cuadro las idealidades de la naturaleza y recordando con la lectura de los versos las idealidades históricas del carácter español, comprendía hasta qué punto necesitan de misericordia los escritores á *la ligera*, que al mismo tiempo profanan el principio eterno de belleza, que llamaba Milton *eterna ley del cielo*, y el esplendor de nuestro genio nacional.

Pero no es solamente el fondo lo que hay digno de alabanza en el

Romancero de la conquista de Granada. Lo es también la forma. El *Romancero*, ya lo dice el nombre, es una serie de leyendas escritas en romance. La obra no tiene unidad; no es un asunto sujeto á plan, ni ajustado á composición ideal alguna de materia, de gradación ó de tiempo. Está constituido por diversos episodios de la reconquista, que no muestran más enlace que el de la realidad histórica que les sirve de fuente. Cada uno de ellos forma una leyenda acabada, en cuya concepción y desarrollo ha puesto el poeta singular esmero, tratando de ajustarse en lo posible á la verdad de la tradición escrita. En todas ellas hay vigor y sobriedad, siendo esta última cualidad la más estimable de toda la obra.

Con haber consignado que está escrita en romance, queda indicado un nuevo motivo de elogio para el Sr. Arco Molinero. Ya lo hizo constar así el inspirado poeta y elocuente orador sagrado Sr. Jiménez Campaña, en el prólogo que escribió para la leyenda histórica *La Algarada de Lucena*, publicada años atrás por el mismo autor del *Romancero de Granada*. «Nuestras leyendas—decía con su acostumbrada discreción—van por lo regular enlazadas con hechos hazañosos, y en romance se escribieron nuestras más heróicas hazañas; viniendo á ser nuestro *Romancero* lo que la *Iliada* en Grecia, la *Enéida* en Roma y en Portugal *Os Lusíadas*, es decir, nuestro poema nacional.»

El romance, en efecto, puede decirse que es la forma clásica de nuestra poesía, y la más difícil de manejar. Por lo mismo que no tiene las exigencias de la rima perfecta ni de las estrofas regulares, ni menos otras trabas que forman *la cruz* de los poetas; por lo mismo que concede á estos más libertad y holgura que las demás combinaciones métricas, reclama mayores cuidados y perfecciones, que suelen ser mal satisfechas por los escritores, quizá por efecto de lo fácilmente que en él puede correr la pluma. No yá el ripio, que siempre es censurable, no yá la impropiedad de la frase, no yá la poca naturalidad ó corrección del giro; hasta el más leve defecto es imperdonable en el romance á los ojos de la crítica; que para eso la preceptiva otorga en él las mayores amplitudes, y por a'go es, como queda dicho, la forma clásica de la poesía nacional.

Sostener que *El Romancero de Granada* es intachable en cuanto á la expresión, sería una falta de sinceridad que no me perdonarían el público ni el poeta, y sobre todo, que no me perdonaría yo mismo, cuando la menor incorrección en un romance me pone los nervios de punta, como suele decirse. No, no son intachables los romances que constituyen la nueva obra del Sr. Arco Molinero, ni conozco yo muchos que lo sean, aun entre los debidos á la inspiración y al trabajo de afamados cultivadores del género. En este punto, el autor del *Romancero* tiene que resignarse á sufrir alguna censura: se ha presentado vestido con el traje de toda gala, y no se le pueden perdonar aquellos descuidos que

pasan inadvertidos, cuando no se toman como detalles elegantes, en traje más llano y humilde.

Pero, si no intachables, nadie podrá negar que son muy dignos de aprecio. Sobriedad, rasgos descriptivos felices, frases valientes, donosuras de lenguaje y de pensamiento, situaciones dramáticas interesantes, trozos con mucho sabor de época, riqueza, en fin, de inspiración y de rima, saltan á cada paso en la lectura del *Romancero* para tocar las fibras de la emoción estética, como en el mar apacible bañado por la luna saltan de continuo chispas de luz para cautivar los ojos.

Hay establecida en los prólogos la costumbre de citar trozos escogidos de la obra que se juzga. Yo no he de seguir ahora esta costumbre, porque los trozos escogidos suelen perder valor desencajados de su sitio, y porque no hace falta llamar la atención sobre bellezas que el menos versado en lecturas poéticas ha de saborear con deleite á la primera ojeada.

Y tiempo es ya de que esta introducción termine, para no estorbar por más tiempo al lector la satisfacción de hojear el *Romancero de la conquista de Granada*. Si no está conforme el que leyere con estas apreciaciones mías, prescinda de ellas; pero al entrar en el escenario donde van á desenvolverse tan altos hechos, lleve al menos en sus oídos el eco de mis aplausos.

Antonio López Muñoz.

La sorpresa de Záhara.

== 1481 ==

I.

El año mil cuatrocientos ochenta y uno corría:
reinan los Reyes Católicos
en Aragón y Castilla;
una tregua con los moros
tiene la España pacífica,
sin que teman los cristianos
sorpresas de la morisma.
Ostenta Muley-Hacem
la corona granadina,
y no parece que intenta
turbar la paz convenida.
La fortaleza de Záhara
se tiene mal guarnecida
por confiados guerreros
que ni temen, ni vigilan.
Há tiempo que los cristianos
realizaron su conquista,
y de entonces la conservan
los monarcas de Castilla.
Pero el bravo Mulacén,

honra y prez de la morisma,
cansado ya de una tregua
en mal hora convenida,
proyecta llevar sus armas
á las comarcas vecinas
sorprendiendo á los cristianos
sus torres mal defendidas.
Y fijando su atención
en Záhara, importante villa,
se decide, por sorpresa,
á realizar su conquista.

II.

¡Guay que los moros activos
se aprestan á la algarada!
¡Guay que terrible es el golpe
que á los cristianos deparan!
Indefensos, confiados
en la tregua prefijada,
ni esperan á los musulmes,
ni guarnicionan á Záhara.
En tanto, Muley dispone
la pronta y secreta marcha,
y sus kábilas infieles
abandonan á Granada...
¿Cómo conjurar el golpe
si se ignora la avalancha?
¡Guay de los pobres cristianos!
¡Mala suerte les aguarda!...

III.

Ya van llegando los moros;
ya se acercan á la plaza:
es de noche; nada turba
aquella imponente calma.

La plaza duerme en silencio
sobre su roca escarpada,
cual águila que en la peña
con sus hijuelos descansa.
Ni un rumor leve se escucha;
ni aun la voz acompasada
del nocturno centinela
que la fortaleza guarda...
Y aprovechando las sombras
que los peñascos deparan,
los moros trepan la roca
y hacia los muros avanzan.
.
¡Despierta, alcayde, despierta!
¡Guarda, centinela, guarda!
Que el moro acecha tu sueño
y cauteloso adelanta!...

IV.

De risco en risco saltando
como salvaje mesnada;
despreciando la fatiga
que proporciona la marcha,
los moros suben y suben
hasta tocar la muralla.
El bravo Mohamet Zegri,
moro diestro en las celadas,
explora la fortaleza
por si los cristianos guardan.
Todo reposa en silencio;
la misma imponente calma;
todo proteger parece
aquella traición menguada.
Los diestros escaladores
al asalto se preparan:
ya sube el moro Zegri,

tras él los buenos avanzan...
Un ¡hurrál inmenso, salvaje,
resuena en las avanzadas;
es que los moros lograron
introducirse en la plaza.

V.

¡Alerta! grita un soldado;
¡traición! repiten las guardias;
pero á sus voces responde
de pronto fuerte algazara.
Trábase sangrienta lucha
con las tropas castellanas,
y suenan toques de guerra
entre las voces que mandan.
Toda la villa despierta
y se apercibe á las armas;
pero es tarde; ya los moros
las fortalezas nos ganan,
y van pasando á cuchillo
sus guarniciones mermadas.
Ni uno solo de los nuestros
puede escapar de la plaza...
¡Guay del pobre castellanó!
¡Guay de la villa de Záhara!

VI.

Ya torna Muley-Hacem
á su Corte de Granada,
llevando muchos cautivos,
muchas esclavos cristianas;
buena suerte tuvo el moro
en su traición malhadada;
mala fortuna los nuestros
vencidos por la desgracia.

Mil parabienes tributan
los vasallos al monarca,
tan pronto como es llegado
al palacio de la Alhambra.
Todos admiran su esfuerzo;
todos su excelente táctica,
pues es conquista que honra
la de la villa de Záhara.
Solo un anciano alfaquí
respetado en el Alcázar,
parece mostrar recelos
contra la acción del monarca.
Disimulando el enojo
vá á saludarle á su estancia,
y con acento profético
de aqueste modo le habla:

—«Aláh proteja, rey sabio,
las empresas de tus armas,
y en lucha con los infieles
ampare siempre tu causa.

No blasones de este triunfo,
porque fué la acción villana;
que no es obra del valor
por la traición rendir armas.

Aláh es grande y justiciero,
y las acciones menguadas
castiga con justa mano
como justa soberana.

¡Tiembra, nieto de Alhamar!
Que tu diadema preciada
en tus sienes bambolea,
y Aláh la impulsa á que caiga!»—

Calló el santón alfaquí
su profética palabra.
Mal lo pasara, de fijo,
sinó huyera del Alcázar.

VII.

Cuando corriendo los años,
los católicos monarcas
pusieron cima á la empresa
de reconquistar la patria;
y sobre los altos muros
de la poderosa Alhambra,
fué la cruz signo de gloria
que á España tornó cristiana;
Fray Hernando Talavera
derramó las santas aguas
del bautismo al alfaquí
que profetizó al monarca.

Y aquel moro convertido,
de imaginación gallarda,
vistiendo sagrados hábitos
fué *Fray Pedro de Granada* (1).

(1) *Fray Pedro de Granada* fué uno de los más famosos escritores granadinos del siglo xv y principios del xvi.

Compuso algunas obras en lengua árabe; y convertido al cristianismo escribió una *Gramática para aprender la lengua castellana*, un *Catecismo*, y otras obras de religion.

La toma de Alhama.

= 1482 =

I.

Siguiendo van á buen paso
el camino de Antequera,
dos mil quinientos ginetes,
gente lucida y apuesta,
y más de tres mil peones
adiestrados en la guerra.
Los manda el Marqués de Cádiz,
noble señor de Marchena,
y se dirigen á Alhama
para tomarla por fuerza.
Que cumple tomar venganza
de la injuria manifiesta
que el moro infirió á Castilla,
cuando, casi por sorpresa,
logró conquistar á Záhara
traición haciendo á una trégua.
El despecho los anima;
y es tal la prisa que llevan,
que están ya cerca de Alhama
sin poner en ello cuenta.



II.

Lleva el Marqués con los suyos
para que asalte la plaza,
al bravo Ortega de Prado,
escalador que hubo fama
en arriesgadas conquistas
de ciudades bien muradas.

Ya son llegados al río
que de las Yeguas nombraban;
y dejando allí el fardaje
que hace penosa la marcha,
avanzaron cautelosos
hacia los muros de Alhama.

Diestro el de Cádiz, dispone
que lleguen con las escalas
no más de treinta caudillos,
gente toda aventurada;
y afianzándolas al muro
con gran destreza y audacia,
ganen de pronto el recinto
dando sorpresa á las guardías.

Son los primeros que suben
hasta saltar la muralla,
Ortega, Martín Galindo,
Juan Toledo y Sancho Dávila,
y detrás otros alcaydes
y caballeros de salva.

Pero apenas han logrado
introducirse en la plaza,
los infieles se aperciben
del lazo; tocan al arma
y traban sangrienta lucha
con nuestras fuerzas escasas.

Avanza el Marqués de Cádiz
que el grito de guerra aguarda;

y acercándose á los muros
y trepando á las escalas,
invade con sus guerreros
fuertes y calles y plazas,
trocándose así la lucha
en formidable batalla.

Allí mordieron el polvo
guerreros de buena casta,
alcaydes de gran valía,
fijos-dalgos de importancia;

Pero, cobraron los nuestros
tan con creces su desgracia,
que cargando á hierro y fuego
no respetaron sus lanzas
hombres, mujeres, ni niños,
honras, haciendas, ni canas.

Gran pena hubieron los moros
desque se supo en Granada
aquel inmenso desastre,
que era la ciudad de Alhama
la plaza de más cuantía
de las que el moro guardaba.
Así cobraron los nuestros
aquella ofensa villana
que el moro infirió á Castilla
con la sorpresa de Záhara (1).

(1) Para que no se crea que exageramos al referir el ensañamiento que tuvieron los vencedores con los infelices vecinos de Alhama, véase lo que dice el cronista Bernáldez: «É desde que entraron, pelearon dentro de la villa por las calles con los moros, que se las tenían muy fuertemente, é hicieron en ellos muy grande estrago á espada todos los varones; é tomaron la villa, é todas las personas que ende habia, hombres y mujeres, y chicos y grandes, que no escapó ninguno, salvo algunos hombres que fueron huyendo á las huertas por la mina, ó por otras partes: é en lo que se pudo saber, murieron allí ochocientos moros barones, dejando algunas moras que huyeron también á las huertas; fueron presos cautivos tres mil ánimas poco más ó menos entre chicos y grandes; la villa era de seiscientos vecinos: ovieron en ella el Marqués, é todos los que con él fueron, infinitas riquezas, etc., etc.»

(Bernáldez: *Crónica de los RR. Católicos.*)

La venganza del Rey moro.

== 1482 ==

I.

Tomando papel y pluma
lleno de cólera y rabia,
aquestas letras escribe
Muley-Hacem de Granada:

—« Á Ben-Yusuf-ben-Jahiye,
indigno alcayde de Alhama;
el menguado, el fementido,
el traidor de la su patria;
el que vendió á la su fija
la encantadora, la casta,
mal guardándo la su honra
y mal guardándo su casa:

Desque recibais mis letras,
presto os vendreis á el Alhambra,
para explicar vuestros actos
humillado á las mis plantas.

No intentéis burlar mi enojo,
pues la obediencia vos salva,
y tened bien advertido
que es el rey quien vos lo manda.»—

Cerró lo escrito el rey moro,

púsole su sello y armas,
 y llamando á un palaciego
 y entregándole la carta,
 le dijo:—Vete á Antequera,
 y en propia mano darásla
 á Ben-Yusuf-ben-Jahiye,
 alcayde que fué de Alhama.—

II.

Rompiéndole el sobrescrito
 mientras la mano le tiembla,
 lee la carta del rey moro
 Ben-Yusuf en Antequera.
 Y es tal la pena que siente
 leyendo aquellas ofensas,
 que, aun sin quererlo, las lágrimas
 por las mejillas le ruedan.

—¡Oh! mala suerte la mía...
 dijo después de leerla;
 no es bastante haber perdido
 ni mi fija, ni mi hacienda,
 y traidor me llama el rey
 porque su Alhama perdiera!—

Y la epístola cerrando,
 montó triste en la su yegua
 y se encaminó á Granada
 dando ejemplo de obediencia.

Cuando llegara al palacio,
 á Mulacem se presenta,
 y fincándose de hinojos
 de aqueste modo se expresa:

—«Rey moro, rey moro, atiende
 qué mal fablaste en tus letras:
 de haberse Alhama perdido
 no tuve culpa ni mangua;
 que tu ya sabes, buen rey,

que yo estaba en Antequera
en bodas de una mi prima
con tu gusto y tu licencia.

Muy gran pesar hube yo
de que perdieras la tierra;
mas si el rey perdió su Alhama,
yo perdí mejores prendas.

Allí perdí á la mi fija,
á mi Fátima la bella;
no vendila yo, rey sabio,
ni en mí tal acción cupiera.

Tomóla el Marqués de Cádiz
con mi mujer y mi hacienda;
muy buen rescate le ofrezco
dice que no me la entrega.

Que allí cristiana la hicieron,
con palabras falagüeñas,
doña María de Alhama
poniéndole al convencerla.

No me maltrates, gran rey;
que mi dolor acrecientas,
y pienso que por tus labios
me quiere matar la pena!» —

Callóse Muley-Hacem,
no osando darle respuesta;
y llamando á su verdugo
ordenó sacarle fuera,
sin escuchar del alcayde
ni súplicas ni protestas.

Cuando dejara la estancia
fablaba de esta manera:
—«¡Rey tirano, rey tirano,
que no me das tu clemencia;
mal haya de tu justicia
que en inocentes se ceba!

Mala fortuna te sigue;
destino horrible te espera;

que de rebelión el grito
ya por Granada resuena.

Teme de Aláh la venganza;
ante sus decretos tiembla;
que ha de osar tu propio hijo
arrancarte la diadema!—

Tornóse pálido el rey;
salió el alcayde por fuerza,
y despiadado el verdugo
le cercenó la cabeza.

III.

No eran pasados tres meses
desque tomara venganza
el tirano Mulacem
del buen alcayde de Alhama,
cuando se vieron cumplidas
sus proféticas palabras;
que Aláh manda los castigos
de las acciones menguadas.
Y Boabdil, el ambicioso,
haciendo ultrage á las canas
de su padre mal querido
por los mismos de su raza,
le arrebató por la fuerza
la corona de Granada. (1)

(1) El erudito Lafuente, en su citada *Historia*, refiere de este modo la prisión de Fátima, hija del alcayde de Alhama:

«En esta ocasión brilló la fina galantería y el respeto al bello sexo, que han honrado altamente á los guerreros castellanos. Los alcaydes y escaladores que discurrían con sus espadas teñidas en sangre por todas las estancias de la fortaleza, llegaron á un aposento voluptuoso, y hallaron anegada en lágrimas y transida de miedo á una mora hermosísima, hija del alcayde de la villa, ausente á la sazón en un convite de bodas. A la vista de los cristianos armados quiso huir la doncella, pero enredada con sus velos y tocas, cayó en tierra implorando piedad. Los alcaydes alzaron del suelo á la noble señora con mucha afabilidad y cortesía, y calmaron sus temores: en el mismo instante oyeron gritos

Un caballero cristiano.

== 1482 ==

I.

En la Alhambra de Granada
está el noble Juan de Vera,
tratando con el rey moro
las bases de una avenencia.
Que interesando á Castilla
con los moros una trégua,
ha recibido aquel noble
poderes para obtenerla.
No es el concierto difícil;
que de consuno lamentan
los estragos que produce
á entrambas partes la guerra;
y por tanto, les conviene
rehacer las perdidas fuerzas,

de mujeres, y vieron entrar medrosas á las esclavas y doncellas perseguidas por la soldadesca.

Salieron indignados los caballeros, reprendieron tan villana conducta, y volviendo á ofrecer sus respetos á la dama, la inspiraron confianza, y colocaron una guardia que pusiese aquellas mujeres indefensas al abrigo de ultrajes bárbaros. Según cuentan los romances, quedó la mora tan prendada de la galantería y magnanimidad de los cristianos, que adjuró la religión mahometana, y recibió con el bautismo el nombre de D.^a Maria de Alhama.»

para tornar á la lucha
con más grande resistencia.

Presente estaba al Concejo
el rico moro Abú-Leyla,
que dando al caso su voto
dijo de aquesta manera:

—«Bien pactado está el concierto,
y lo dicta la prudencia;
pero abrigo los temores,
y tenedlo bien en cuenta,
de que presto el rey Fernando
hará traición á la tregua.—

—«¡Vive Dios!... gritó D. Juan,
¡que es menguado quien tal piensa
Los monarcas castellanos
son tan altos en nobleza,
que saben cumplir leales
las palabras que conciertan!
Y no he de aguantar ultrages
que toquen á sus altezas,
sin arrancar al villano
que los dijere la lengua!...»—

Callaron todos al reto
y aun hay alguno que tiembla;
que los bravos de Castilla
las hacen como las cuentan.

II.

Hablando están unos moros
en el salón de Comares,
sobre el reto que el cristiano
lanzara momentos antes.
De unas razones en otras
y comentando el ultrage,
vino discusión en ellos
sobre la sagrada imagen

de María; y Abú-Leyla
dejó escapar estas frases:

—«Si los guerreros cristianos
no rindieran homenaje
á esa que por virgen tienen,
fueran, á fe, más cobardes.
Pero viven engañados
en ese misterio grave,
creyendo que su patrona
pudo ser virgen y madre.»—

Pasaba en esto D. Juan,
y oyendo palabras tales,
ardíéndole el pecho en ira
dijo con mucho coraje:

—«¡Solo en lengua de paganos,
fementidos y rufianes,
cañen tamañas ofensas
á aqueste misterio grande.
Mas, sepa yo quien las dijo,
si es noble quien las hablare,
que á fuer de cristiano, juro
tan ruin ofensa cobrarle!»—

Mirábanse unos á otros
sin saber qué contestalle;
á unos les tiembla la barba,
otros callan sin mirarle.....
Hasta que llevando todos
la vista á un abencerraje,
que era el llamado Abú-Leyla,
por no parecer cobarde
respondióle:—«Yo lo dije,
y á mí toca contestalle;
que no quiero ser tenido
ya dos veces por infame.»—

Requirió el noble su espada,
el moro sacó su alfanje;
y dándose recios golpes

con desusado coraje,
rodaron los dos al suelo
en un choque formidable.

Alzóse de pronto el moro;
y antes que D. Juan alzase,
quiso rendirlo de un tajo
sobrado para matarle;
pero advertido el cristiano
paró el golpe, y arrastrándose
dió al moro tal cuchillada,
que rodó en la tierra exánime.

Huyó de allí el caballero,
tornóse presto á los Reales,
y dió cuenta al rey Fernando
del improvisado lance.

Mucho placer hubo el rey;
y dióle para premiarle
la encomienda de Santiago,
y con ello honor muy grande. (1)

(1) Este Romance está basado en el siguiente pasage del cronista Bernáldez:

«Este año (1482) fué Juan de Vera, fijo del Comendador Diego de Vera, enviado á Granada por Embajader, é estando en el Alhambra, ovieron unos moros desputa de cosas de la Feé: é un moro Bencerraje dijo que nuestra señora la Virgen Maria no quedó Virgen despues que parió á nuestro señor Jesu Christo, y Juan de Vera dijo que mentia, é lo hirió con la espada reciamente en la cabeza; é el Rey don Fernando, se lo agradeciò mucho, é le diò mercedes.»

(Bernáldez: *Crónica* citada; pág. 122; tom. I.)

La cruz del Maestre.

= 1482 =

I.

—«Señor, siguiendo el camino
que llega á nuestra muralla,
por la parte de Antequera,
han divisado las guardias
un ejército cristiano
que se acerca á buena marcha.»—

—«¡Por Aláh que ya era tiempo!...
Há mucho que los aguardan
los mis ojos, siempre fijos
en la campiña cercana...
¡Bien haya la suerte mía,
que una vez más me depara
ocasión de medir fuerzas
con las tropas castellanas!
¡Hola, mis bravos caudillos!...
Gente de Castilla avanza;
no haya siquiera un soldado
que no esté sobre sus armas!»—

Así colérico grita,
dirigiendo la mirada
hacia el camino de Loja
desde su fuerte atalaya,
Aliatar, el bravo alcayde

de aquella importante plaza,
en sangre tintos los ojos
que parece que le saltan.
Que aunque es ya viejo, y su frente
cubren de nieve las canas,
arde un volcán en su pecho
que brota en hirviente lava
por sus ojos, y se trueca
en animosa pujanza.

Tal odio tiene á Castilla
y por rendirla tal ánsia,
que es luchando fuerte mozo
y fiero rayo su lanza.

Por eso, más que arredrarle
la lucha con nuestras armas,
cobra furor si lo acosan
y arde en ansias de empezarla;
que tiene en sus mesnaderos
tan entera confianza,
que contra toda Castilla
quisiera librar batalla.

II.

¡Buena suerte, buena suerte
tengan los bravos cristianos;
que son temibles los tercios
de Aliatar, el esforzado...!
¡Dios depare la victoria
al noble rey D. Fernando;
que reyes nunca vencidos
fueron reyes bien honrados!

III.

Vá dirigiendo la hueste
el propio rey D. Fernando,
y lleva corte lucida

de señores é hijos-dalgos.

Vá á su diestra D. Rodrigo,
Téllez Girón y Montalvo;
de Calatrava Maestre,
de musulmanes espanto.

Sobre la limpia coraza
ostenta escudo dorado,
y la cruz de Calatrava
en el comedio del brazo.

Fablando vá con el rey;
y se conoce bien claro,
que el rey le distingue mucho
por su valor y su rango.

Llegados cerca de Loja,
y el plan de ataque fraguado,
los capitanes disponen
dar á la plaza el asalto.

Y en tanto la artillería
vá los muros derrumbando,
avanza el noble Maestre
con sus tercios ordenados.

Aliatar, que ardiendo en ira
vió llegar á los cristianos,
comprende que el plan de ataque
deja un punto mal guardado,
por donde el Maestre avanza
casi á los muros llegando.

Y saliendo con los suyos,
con esfuerzo inusitado
cogió la espalda al Maestre,
cerrando á todos el paso.

Como lobos prisioneros
que cayeron en un lazo,
los bravos de Calatrava
luchan casi acorralados;
pues mientras de las murallas
rompen un fuego cerrado,

Aliatar y sus leales
cargan, la muerte sembrando.
¡Mal hado el tuyo, Maestrel
Nunca llevarás al brazo
esa cruz de Calatrava,
ni aquese escudo dorado!
¡Que yá los moros te vieron,
y ciegos te van buscando,
como leones que buscan
la presa que codiciaron!....

IV.

Un fuerte tropel de moros
del escudo haciendo blanco,
disparan sobre el Maestre
certera nube de dardos.
Y aunque la coraza embota
buena parte, penetrando
algunos por la juntura
de la coraza y del brazo,
en el pecho se le clavan,
allí la muerte llevando.

En tierra cayó el Maestre
desde el arzón del caballo;
muy mal herido, lo cogen
sus guerrilleros en brazos.
Cuando tal desgracia vieron
nuestros valientes cargaron;
y acudiendo presuroso
con los suyos, D. Fernando,
hacen repasar el muro
á Aliatar y sus soldados.

Quando acuden al Maestre
está yá casi espirando,
y á las estancias lo llevan
para prestarle cuidados.

Todo es en vano; la vida
se le escapa paso á paso,
y allí espira D. Rodrigo
á Dios el ánima dando.

Mucho lloróle el monarca,
mucho todos lo lloraron;
que era temible su acero
contra los moros paganos.

.

Al rayar el nuevo día,
las estancias levantando,
cargaron con el Maestre
y á los Reales se tornaron.

V.

Cuando rindieron á Loja
los ejércitos cristianos,
después de una heróica lucha
que fué de los siglos pasmo,
un pequeño monumento
hizo alzar el rey Fernando
donde espiró el gran Maestre
de su propio honor esclavo.
Una cruz blanca de piedra
sus toscos brazos alzando,
fué la gloriosa memoria
que mereció aquel soldado.
Y aunque los siglos corrieron,
el recuerdo respetaron,
llamando *Cruz del Maestre*
á la cruz de mármol blanco (1).

(1) Hasta mediados del presente siglo, según afirma Lafuente en su *Historia de Granada*, se ha conservado en la cuesta llamada del Socorro, de Loja, un sencillo monumento conocido por *La cruz del Maestre*, como recuerdo de haber espirado en el mismo sitio D. Rodrigo Téllez Girón, Maestre de Calatrava.

El Conde de Cifuentes.

= 1483 =

I.

Dejando atrás á Antequera
casi al despuntar el día,
larga hueste de cristianos
pausadamente camina.
¿Dónde van? ¿Quién los dirige?
¿Qué proyecto los concita?
Van á correr á los moros
los campos de la Axarquía,
buscando en ello el desquite
de otras empresas perdidas.

Los manda el Conde Cifuentes,
Asistente de Sevilla,
y otros nobles capitanes
y guerreros de valía,
animosos de victorias
que den más honra á Castilla.

No es menguada tal empresa;
que la orgullosa morisma
no tiene campos más ricos
en toda la Andalucía:

y conviene a los nonarcas
tener la tierra advertida,
para avanzar sobre Málaga
cuando le cuadre á Castilla.

II.

Monta el Conde de Cifuentes
hermosa yegua morisca,
que tascando el duro freno
se revuelve y se encabrita.
Viste dalmática blanca,
coraza dorada y rica,
y bruñido capacete
con cimera distinguida.
Pendiente del talabarte
lleva espada tunecina,
y calza espuela dorada
como cumple á su hidalguía.
¡Qué de arrogantes ginetes!
Qué de corazas que brillan!
Qué de lucientes cimeras!
Qué de plumas! Qué de insignias!
Bien se alcanza por las muestras
que es toda gente lucida
y van entre sus guerreros
los más nobles de Castilla.

III.

Ya son llegados los nuestros;
ya se dividen y avanzan
talando campos floridos,
segando mieses doradas.
Nada detiene su fúria,
nadie á sus iras escapa,
y van haciendo cautivos

hasta las puertas de Málaga.

Mas, ya se apercibe el moro
de aquella enorme avalancha;
se apresta á la lid, dirige
sus filas á las contrarias,
y cargan sobre los nuestros
que el choque violento aguardan.

Mal lugar para el combate
nuestros guerreros buscaran:
las alturas de los cerros
son de repente ocupadas
por millares de muslimes
que á los nuestros avasallan.

Y bajando de los montes,
tan furiosamente cargan,
que los cristianos emprenden
vergonzosa retirada.

.....
¡Mala suerte, mala suerte!
Tuvo la hueste cristianal
Tornóseles la victoria
en esclavitud amarga.

IV.

Siliado por diez muslimes
que le acometen de cerca,
un noble cristiano pugna
con heróica resistencia.
Es el Conde de Cifuentes;
y los moros, que sospechan
por las trazas, que el guerrero
debe ser muy rica presa,
más redoblan los ataques;
y tan furiosos lo estrechan,
que más parece que luchan
acorralando á una fiera.

De diez moros que cargaron
ya han rodado seis á tierra,
y de los cuatro restantes
se dispone á rendir cuentas:
Que es su espada fuerte rayo
que allí mata donde llega,
y es incansable su mano
encallecida en la guerra.
Pero acuden de los moros
tan gran número, que apresan
de pronto al Conde Cifuentes,
sin permitirle defensa.

Vencido fué por el número,
nó por cobardía cierta;
que á no cargar tantos moros
fuera atarle grande empresa.

V.

En la más altiva torre
de la soberbia Alcazaba,
está preso el de Cifuentes
llena de despecho el alma;
que aunque siente las heridas
del cuerpo, más le anonadan
las que su honor ha sufrido
que son heridas que infaman.

No hay que esperar indulgencia
del fiero alcaide de Málaga;
que es cruel Hamet Zegri,
y tiene á gloria tan alta
haber como prisionero
noble de tanta pujanza,
que no calmarán sus iras
ni los ruegos, ni las lágrimas,
ni el más crecido rescate,
ni favorables alianzas.

Gruesa escolta de Gomeles
la prisión del Conde guardan
impidiendo al prisionero
abrigar toda esperanza
de recobrar por la fuga
la libertad deseada.

Sus mal curadas heridas
son ya cancerosas llagas
que dan tortura á su cuerpo
y su espíritu acobardan.

Nunca se vió un caballero
de su rango y de sus trazas
en trance más doloroso,
ni en condición más tirana;
y á no ablandar el Zegri
el rigor con que le trata,
la prisión será sepulcro
de su famosa arrogancia.

.
Ya ha mandado el rey Fernando
al soberbio Hamet tres cartas
proponiéndole el rescate
del Conde; pero otras tantas
se ha negado Hamet Zegri
á acceder á su demanda;
porque no le ciega el brillo
del oro, conque le tratan
de ceducir nuestros reyes,
ni le mueven amenazas.

Un pacto tan sólo puede
domeñar dureza tanta,
y así dice el bravo moro
al legado del monarca:

—Decid al rey de Castilla
que daré la codiciada
libertad al prisionero,
si previamente se pacta

por él, la formal promesa
de no poner cerco á Málaga;
que solo acepto este medio
y ningún otro me ablanda,
y añádile que yo soy
inflexible en mis palabras.—

.....
¡Mal hado hubiste, buen Conde!
¡Mala ventura te aguarda!
Que no es dado al rey Fernando
rescatarte á costa tanta.

Si no acude en tu socorro
tu propia suerte, ó tu audacia,
la prisión será sepulcro
de tu famosa arrogancia. (1)

(1) Los cronistas de aquella época disienten al exponer los fines que se proponían los cristianos al mando del Conde de Cifuentes, al entrar con aquella formidable hueste en la Axarquía de Málaga; pues mientras unos dicen que el objeto no era otro que explorar el campo y advertir la tierra para el caso de que los reyes avanzaran sobre aquella ciudad, otros afirman que la expedición no tuvo otro fin que saquear haciendas y alquerías y talar los sembrados para volver con rícon botín.

Á este efecto dice Bernáldez con su sencillez proverbial:

«Este desbarato hicieron muy pocos moros maravillosamente, é pareció que nuestro Señor lo consintió; porque es cierto que la mayor parte de la gente iba con intención de robar é mercadear, mas que de servir á Dios, como fué probado é confesado por muchos déllos mismos, que no llevaron la intención que los buenos cristianos han de llevar á la pelea ó batalla de los infieles, que han de ir confesados é comulgados, é fechos testamento, é con intención de pelear é vencer á los enemigos en favor de la santa Fé católica.»

(Bernáldez: *Crónica citada*, tom. I. pag. 127.)

La hazaña de los donceles.

== 1483 ==

I.

—Bien comprendereis, Ossorio,
que no es posible se acceda
á la condición que impone
Hamet con tanta soberbia;
ceder el sitio de Málaga
es renunciar á una guerra
en que están interesados
el honor y la conciencia;
plaza es de mucha valía,
porque recibe por ella
todo el reino de Granada
mantenimientos y fuerzas,
y fuera empresa perdida
la que intentarse quisiera,
sin cerrarles, ante todo,
á los moros esa puerta.—

—Os sobra razón, señora;
solo á una calenturienta
imaginación se ocurre
tan temeraria exigencia.—

—Mas ved, Ossorio, que en tanto
el de Cifuentes enferma
gravemente, sus heridas
le postran de tal manera,
que ponen su vida en riesgo;
y es tal por ello mi pena,
que como á deudo querido
llorárale si muriera.—

—¡Ira de Dios!.. perdonadme
estas frases indiscretas;
pero siento que se enciende
la sangre dentro las venas,
ante la venganza indigna
de esa morisma rastrera.
Doncel soy, y apenas finco
en las veinte primaveras;
pero me siento con ánimos
y acaso me sobren fuerzas
para intentar una hazaña
que asombro del moro sea.
Hablando anoche á mi hermano
de aquesta desgracia, apenas
pudieron lograr mis ojos
momentos de sonnolencia;
y un arriesgado proyecto
concebí, que solo espera
para ser un hecho, el alto
permiso de vuestra alteza.—

—Se me alcanza vuestro empeño,
y es muy loable la empresa;
pero de tanto peligro
que temo daros mi venia.
Sois poco duchos en lances
de esta cuantía, se arriesga
la vida en esta jornada,
y es muy triste que la pierdan
dos donceles tan garridos

y de tanta gentileza.
Cumple más tan grave hazaña
á Pulgar que muchas cuenta,
al Maestre de Santiago
ó al noble Conde de Ureña;
pues sin negaros el brío,
barrunto que ha de ser esta
hazaña que necesite
más de astucia que de fuerza.

—Acato, como es debido,
la opinión de vuestra alteza;
mas tan discretas palabras
sin llegar á hacer ofensa
á nuestro valor, envuelven
aventuradas sospechas
de que siendo el valor poco
perdida la hazaña sea.
Bien lo sabemos, señora,
pero la fe nos alienta,
y ella suplirá en el pecho
el esfuerzo y la prudencia;
también Pulgar era mozo
cuando empezó sus empresas,
que tanta fama le han dado
en las huestes sarracenas.—

—Vuestras palabras me animan
y vuestra noble entereza
mi voluntad van torciendo;
mas antes he de dar cuenta
al rey de vuestro proyecto,
y hemos de ver si lo acepta.—

—No lo aceptará, señora;
sabida es la resistencia
que opone á que los donceles
arriesguen lances de guerra;
y este proyecto nacido
al calor de nuestra idea,

será por él desechado
si á Pulgar no se encomienda.—

—Pues bien; id, que Dios os guíe
y en tal lance vos proteja;
quiera el cielo que no os lllore
por ser debil vuestra reina!—

II.

Armados de punta en blanco
desde el casco á los arzones,
el embozo hasta las cejas
y la mano en los mandobles,
por el camino de Málaga
ya bien entrada la noche,
dos arrogantes ginetes
llevan sus potros al trote.
Son Gonzalo y Diego Ossorio,
que asaz valerosos ponen
por obra la noble hazaña
de dar libertad al Conde.

.
Cada sombra, cada arbusto,
cada peñasco deforme,
les hace parar la marcha
y tomar cien precauciones.
Y es que la luz de la luna
forma grotescas visiones
al quebrarse entre las piedras
desgajadas de los montes;
y temen que de repente
salten los moros traidores
para cerrarles el paso
de entre las sombras informes;
pues desde la fuerte rota
de la Axarquía se esconden
tantas espías de moros

por el campo que recorren,
que detrás de cada arbusto
acecha traidor un hombre,
y surge de cada piedra
un ballestazo ó un golpe.
Tan cerca están ya de Málaga
que se divisan sus torres
como jigantes siluetas
que entre las sombras se esconden;
y allá en la fuerte Atalaya
de Gibralfaro, se oyen
las voces del *aljarife*,
que el mudo silencio rompen.
Preso está allí el de Cifuentes,
que á solas con sus dolores
cuenta las horas por siglos
de sufrimientos enormes.
No duerme, porque sus ojos
ya el descanso no conocen;
llora con pena y con ira
dichas que el viento llevóse.
Ya juzga cierta su ruina
viendo que los días corren
esclavo de Hamet Zegri,
sin que sus reyes lo abonen;
y como ignora la dura
condición que el moro impone,
y vé crecer más la cólera
de sus verdugos feroces,
siente enojo de sus reyes
que en tanto olvido lo ponen,
y por sus cansados ojos
raudal de lágrimas corre.

III.

Por el pié de la Atalaya

subiendo á paso de lobo,
logran los bravos donceles
llegar al borde del foso.
El vértigo de la gloria
les dá valor; son sus ojos
chispas de fuego que prenden
en sus pechos generosos.
El foso saltan con riesgo
de la vida; dan de pronto
en las guardias del castillo,
y empieza un combate sordo
entre los doce gomeles
y los dos valientes mozos.
La oscuridad, que es muy densa,
confunde trajes y rostros,
y hace pensar á los árabes
aturdidos y medrosos,
que dan ataque al recinto
cien castellanos indómitos.
Los de Ossorio así lo entienden,
y aunque donceles bisoños,
de cada tajo certero
dan en tierra con un moro;
los gomeles se acobardan;
gritan los cristianos, roncós
de ira, y cargan potentes,
poniendo en el moro anteojos
de que sostiene la lucha
una legión de demonios:
superciosos, fanáticos,
huyen con miedo y asombro,
y no curan de que dejan
la Atalaya sin socorro.
Cuatro gomeles que escapan
mal heridos y afanosos,
tocan al arma y despiertan
á otros centinelas próximos;

pero los de Ossorio avanzan,
y llegando al calabozo
del de Cifuentes, le gritan,
rompen llaves y cerrojos,
y cogen al prisionero
entre sus brazos, atonito.

Mas ya recargan los árabes
prontos á impedir el logro
de aquella empresa; y el Conde,
cobrando fuerzas brioso,
sin sentir ya sus heridas,
empuñó el alfanje corvo
de un árabe moribundo;
y animando á los de Ossorio,
fué otra vez aquel guerrero
duro, soberbio é indómito,
que hizo morder en cien luchas,
á los árabes el polvo.

No hay musulmán que resista
el ataque poderoso
de aquellos tres campeones,
que, desesperados, locos,
llevan la muerte en las armas
y la cólera en los ojos.

Y así, á favor de las sombras
cejan, repasan el foso,
y saltando por los riscos
ágiles y vigorosos
llegan á la falda, montan
rápidamente en sus potros,
é hiriéndoles los hijares
desaparecen de pronto,
como aristas que arrebatan
el huracán poderoso.

Quando salieron tras ellos
à todo escape los moros,
ya estaban junto à las tiendas
de los monarcas Católicos. (1)

(1) Este romance está fundado en las palabras del P. Fray Andrés de Añorve, el cual, en su *Cronicón sobre las últimas guerras contra los árabes*, habla de dos caballeros cristianos llamados D. Gonzalo y don Diego de Ossorio, los que llevaron à cumplido efecto cierta hazaña heroica en la vega de Málaga al ser sitiada dicha ciudad por las huestes de los Reyes Católicos: pero no particulariza el hecho, que es tradicional, en la Crónica referida.

Hernando del Pulgar también habla en su *Crónica*, aunque muy someramente de este asunto, con el que guardan conformidad las palabras de Jaime de Redia, en su libro *Conquista de Andalucía*.

La algarada de Lucena.

= 1484 =

I.

El año mil cuatrocientos
ochenta y cuatro, empezaba;
España, parte es del moro,
y la otra parte, cristiana.
Há siete siglos que luchan
los castellanos monarcas
por reconquistar del árabe
la libertad y la patria.
Muy mucho cuesta al cristiano
defender la santa causa,
que son las huestes musulimes
temibles en las batallas;
pero los nuestros no ceden
con allivez y constancia,
y marca un charco de sangre
cada palmo que adelantan.
Solo á la fe que es la vida
de las empresas más árduas,
se deben todos los triunfos
de las tropas castellanas.

Y el infiel, que en vano lucha
 porque la cruz lo avasalla,
 brama ronco, acorralado
 en los muros de Granada.
 ¡Guay dél, si pierde algún día
 palmo á palmo lo que falta!
 ¡Guay dél, si la cruz se fija
 en las torres de la Alhambra!

II.

Tiene Boabdil, el *Rey Chico*
 la corona granadina,
 y los Católicos Reyes
 las de Aragon y Castilla.

La lucha es grande, alentada
 por fuerzas harto distintas:
 unos por la fé batallan,
 otros por orgullo lidian.

Si el moro sorprende á Záhara,
 el nuestro á Alhama conquista
 y en Utrera se recobra
 lo que en Jaén se nos quita.

Si gana el infiel se crecen
 los leones de Castilla,
 y otra vez vuelven, y cobran
 por una vida, cien vidas.

.

Debe Boabdil la corona
 á su insaciable codicia,
 que arrebatóla á su padre
 con menguada alevosía.

Hijo desleal, alzando
 de rebelión la consigna,
 robóle el cetro, ayudado
 por la nobleza morisca.

El mozo es valiente, apuesto,

y su ambición desmedida
muestra que en sus venas corre
la sangre ardiente de Aixa.
En los torneos, mañoso,
infatigable en la liza,
no hay moro que no le tema,
ni mora que no se rinda;
pero ganoso de amores
más que de rudas conquistas,
há mucho tiempo que el mozo
dejó la corva gumia.

III.

La fama, que las empresas
lleva en sus alas, propicia,
cundió la voz de que el padre
tramaba guerra á Castilla,
y que al mando de sus fieles
que aun destronado le estiman,
lograba muy gran victoria
en los campos de Axarquía. (1)
El hecho es causa en la Corte
de apreciaciones distintas:
los descontentos del hijo
toman del suceso grima,
y muéstranse decididos
á abandonar su consigna,
dando favor al Rey viejo
que aquestos hechos realiza,
y todo el pueblo murmura
y del mozo desconfía,

(1) La batalla de la Axarquía, donde fué preso el Conde de Cifuentes, se ganó por el rey destronado Muley-Hacem con el escaso ejército de que podía disponer después de perdido el cetro.

En ella sufrieron gran derrota los cristianos, y es el asunto de nuestro romance *El Conde de Cifuentes*.

viéndole dado á placeres
en el Alhambra morisca...
Pero él es bravo... y herido
en su orgullosa hidalguía,
quiere probar que su frente
de la corona es muy digna.
Y afanoso de una hazaña
que de laureles le ciña,
piensa tomar á Lucena
que está en poder de Castilla.
Por eso su gente apresta,
y prontas órdenes dicta,
y en Bib-rambla se convoca
formidable morería...
¡Guay del cristiano, que ignora
la tormenta que se agita!...
¡Guay de la pobre Lucena
si no se apresta á la liza!...

IV.

Ya por la puerta de Elvira
la gente morisca avanza,
animosa de la lucha,
ganosa de la algarada.
Abren siete mil peones
del ejército la marcha,
y ciérranla mil ginetes,
que forman gran cabalgada.
¡Cuánto de nobleza moral
qué de lucientes adargas!
qué de limpios capacetes!
qué de brillantes corazas!...
Las plumas que al aire flotan
cual copos de nieve, blancas...
los capellares que lucen
con sus penachos de grana;

los alquiceles tan blancos,
las aljubas de escarlata,
forman vistoso contraste
de luz, colores y galas.
Monta Boabdil yegua torda,
que el freno dorado tasca,
en los combates briosa,
en los torneos gallarda.
Luce brillante cimera,
lujosa y fuerte coraza
fornada de terciopelo
y con clavazón dorada.
Ciñe puñal damasquino,
luenga y corva cimitarra,
bayo y limpio borcegui,
y empuña robusta lanza.
Delante de todos, sigue,
delante de todos, manda,
tornando atrás de continuo
el su mirar á la Alhambra...
Desde allí le vé alejarse
su tierna esposa Morayma,
anegados los sus ojos
en triste raudal de lágrimas.
Y es que su amorosa cuita,
funestos males presagia
para su señor y dueño
en tan expuesta jornada...
Por eso alzando los ojos
que el llanto nítido baña,
ruega á Alâh, porque secunde
las empresas de sus armas.

.
Las voces de mando corren,
los nobles brutos piáfan,
y envuelto en nube de polvo
el ejército adelanta.

V.

Ya son llegados los moros
 á los campos de Lucena,
 para luchar con los nuestros,
 para correrles la tierra.
 En tres fuertes divisiones
 se comparten; la primera
 mándala Boabdil el Chico,
 y en ella vá la nobleza.
 Hamet el Abencerraje,
 moro ducho en la refriega,
 lleva la segunda; y manda
 el viejo Aliatar, la tercia.
 Todos son bravos caudillos
 avezados á la guerra,
 que más de una vez, midieron
 con los cristianos sus fuerzas

.....
 ¡Cómo corren nuestros campos!
 cómo talan las cosechas!
 cómo nos cortan los panes!...
 cómo nos roban la hacienda!...
 Nada detiene su marcha!...
 nada su fúria respeta!...
 ni las canas del anciano,
 ni el honor de la doncella!...
 ¡Mala suerte, mala suerte
 el musulmán nos reserva!
 ¡Guay de los pobres cristianos
 de la ciudad de Lucena!

VI.

¿Quiénes son aquellos bravos
 que allá, á lo lejos avanzan,

nublando el sol con el polvo
que los corceles levantan?...
¡Son cristianos, son cristianos!

Son los del Conde de Cabra,
los valientes de Baena,
mañeros en la algarada!

Qué de fébridos arneses!
qué de banderas cristianas!

qué de lazos... qué de plumas
gules, bermejas y blancas!

Pocos son, pero no temen
del musulmán la ventaja;

son de aquellos que triunfaron
en el Salado y las Navas...

¡Son los héroes de Santiago,
son los que libran y ganan

en cada encuentro una lucha
y en cada lucha una palma!

.

El moro, que de Lucena
está batiendo la plaza,

viendo á los nuestros se turba
y el sitio della levanta.

Y replegando sus hordas
hácia una estrecha cañada,

formada por altos montes
que la estrategia preparan,

dicta rápidas medidas
y ordena el plan de batalla,

sin dar treguas á la gente,
que secunda cuanto manda.

.

Los sitiados de Lucena
que observan la retirada,

salen también, y se unen
con las tropas castellanas.
Son muy pocos y los guía

un sobrino del de Cabra,
Alcaide de los Donceles
ya renombrado en las armas.
El diestro Conde, que observa
que lleva el moro ventaja,
en tanto que mil seiscientos
apenas los suyos marcan,
en tres bandos los divide,
y ducho en ardides, manda
que lleven sus estandartes
Baena, Lucena y Cabra...
y que habriéndose los bandos
á un mismo tiempo, cargaran
contra el árabe, bajando
de las próximas montañas.

.
En tanto Boabdil, recorre
todo el campo de batalla,
y á sus palabras se animan
los bravos de la Alpujarra.
Al fin los nuestros asoman
por las estrechas gargantas,
con numerosas banderas,
sonando trompas y cajas.
Y con estruendo se acercan
y sobre el árabe avanzan,
que piensa, al verse acosado,
que toda Castilla carga.
Grita el Rey Chico, se apresta
á conjurar la avalancha,
y sus vanguardias divide
dando frente á las contrarias;
y á los gritos de los nuestros
de «Santiago y cierra España»
con ímpetu se acometen
y empuñase la batalla.

VII.

Como dos fuerzas distintas
que rudamente se encuentran,
como corrientes que chocan
en un mismo cáuce opuestas,
y en un punto se destruyen
con estruendosa violencia,
brotando un montón de espuma
que blanca nieve semeja...
Tal los ejércitos chocan,
se despedazan, se mezclan,
se agolpan en remolino,
se destruyen y concentran...
Y al choque inmenso, imponente,
de la astucia con la fuerza,
brotó un montón de cadáveres
que el barro de sangre, besan.

.
Mucho se esfuerzan los moros,
mucho crece la pelea;
los buenos, gritan y avanzan,
los ruines, callan y cejan.
Y arrastrando sus pendones
las vanguardias agarenas,
huyen con afincamiento
dejando heridos y presas.

.
El Rey Chico acorralado
por los bravos que le cercan,
hiere recio y se revuelve
con indomable fiereza...
Rota lleva la coraza,
la lanza pedazos hecha,
y de un bote mal herida
tiene en el suelo á la yegua;

pero blandiendo el alfanje
 teñido de sangre negra,
 el rudo embate resiste
 haciendo muralla délla.
 Todo es en vano; los nuestros
 se revuelven como fieras,
 y aunque pocos, cada uno
 de diez contrarios dá cuenta.

.
 ¡Buen alcaidel... buen alcaide,
 el alcaide de Lucenal...
 Cada tajo que descarga
 es una vida que merma.
 ¡Bravo Conde, bravo Conde!...
 cómo avanza, cómo arrecia;
 cómo arrolla á los infieles
 que al pié del caballo ruedan!
 ¡Ya se acobardan, ya huyen
 como manada de ovejas!...
 ¡Guay de tanta morería!...
 Guay de su loca soberbia!

VIII.

Corriendo á pié; perseguido
 por diez cristianos, de cerca,
 rico moro, asáz cobarde,
 del campamento se aleja.
 No le conocen los nuestros;
 pero en rendirle se empeñan,
 pues debe ser de valía
 según las trazas y prendas.
 Cansado al fin, se revuelve
 como leopardo que asedian,
 y con la corva gumia
 el cuerpo guarda, y espera.
 Un bote rudo de lanza,

tras obstinada defensa,
hace que el moro se rinda,
y caiga por fin en tierra.
Le apresa Martín Hurtado
Corregidor de Lucena;
juzga en ello ganar honra,
que no es villana la presa.
Y guardándole el respeto
que conviene á su nobleza,
al campamento se vuelven
y al de Cabra lo presentan. (1)
¡Es el Rey Chico!... Humillado
al Conde, luego se muestra,
que de tan fausto suceso
manda á los reyes la nueva;
y al punto ordena apresarle,
aunque evitando la ofensa,
en la *Torre de la Jura*
de la villa de Baena.

IX.

Asomado al almenaje
de la torre que le guarda,
el codo fijo en el muro,
la mano puesta en la barba,
está el Rey Chico, tendiendo
la pesarosa mirada,
al horizonte lejano
que cubren nubes opacas.
Y es que á través de las brumas
que lentamente se cuajan,

(1) Todo el honor de esta victoria recayó sobre el Conde de Cabra y su sobrino el Alcaide de los Donceles. Cayeron en poder de los cristianos en esta acción veintidos estandartes, nueve de los cuales tomaron los soldados del Conde de Cabra: y en memoria de ello los Reyes de España concedieron á este y sus descendientes el privilegio de llevar otras tantas banderas en su escudo, juntamente con la cabeza de un Rey moro con corona ducal de oro, y cadena del mismo metal al cuello. (Pulgar: *Crónica de los Reyes Católicos*.)

quisiera ver las mil torres
de su morisca Granada.
El viento que azota el muro
presagiando la borrasca,
pasa, zumbando á su oído
estas tétricas palabras:
¡Maldito sea, maldito,
el que á su padre no honrara!...
Y el eco vago, á lo léjos
¡Morayma, dice, Morayma!...
Entonces siente en el ánimo
remordimiento que abrasa,
y dejando el almenaje
torna, apenado, á su estancia.

.....
Mala suerte, mala suerte
al triste cautivo aguarda;
que son muy duras las bases
que en el rescate se pactan...
pues los Católicos Reyes
estiman ley necesaria,
que ha de entregar el Rey Chico,
en siendo libre, á Granada.
¡Mal agüero, mal agüero (1)
le persiguió en la batalla;

(1) Los moros eran fanáticos y supersticiosos hasta lo sumo, y tenían por mal presagio el más insignificante de los hechos; y es seguro que tanto en esta batalla, como en otras muchas perdidas por los árabes, fueron estos vencidos tanto por el esfuerzo de los cristianos, como por la convicción que, al entrar en un combate abrigaban, de que la lucha había de serles funesta, por habérseles presentado algunos signos que creían de mal agüero. Cuéntase que al salir por la puerta de Elvira las tropas del Rey Chico, se espantó la yegua que montaba, y queriendo refrenarla, dió en la muralla tan recio golpe con la lanza, que ésta se rompió. Los nobles de su ejército tomaron grima de este suceso, teniéndolo por mal presagio, y trataron de persuadir al Rey para que desistiera de aquella jornada. Boabdil los desatendió; y andando el camino vieron cruzar una zorra por el Béiro, que pasó muy cerca del Rey sin que pudieran cazarla, y también lo tuvieron por mal agüero; pero el Rey, á pesar de las protestas de su gente, se empeñó en llevar á cabo la expedición, que tan funesto resultado tuvo. (Lafuente: *Historia de Granada.*)

más le valiera la muerte,
que vida, en esto comprada!

.
¡Allá vá!... la vega cruza
ginete en yegua alazana,
la vista fija en la tierra,
la mano puesta en la adarga.
Triste vá, porque son tristes,
las ideas que le asaltan,
no osando llevar sus ojos
á la ciudad, que se agranda.
Y el aire en tanto que agita
el albornoz de escarlata,
¡Maldito dice, maldito
el que á su padre no honrara!

X.

¡Estaba escrito!... las leyes
de Aláh, son justas, eternas;
quien sus preceptos no cumple
halla castigo en la tierra.

.
Por eso, cuando más tarde
las católicas banderas
pusieron sitio á Granada,
ansiendo el fin de la empresa,
el Rey Chico, anonadado
ante su propia conciencia,
no tuvo fuerzas morales
para guardar la diadema.

.
¡Allá vá!... pero no cruza
como otras veces, la vega,
ansiendo nuevas conquistas,
buscando nobles empresas...
Ahora vá trémulo y triste

por el dolor que le apena,
buscando un rincón del África
donde llorar su vergüenza.

Suelto el alquicel al viento,
baja la noble cabeza,
sube Boabdil lentamente
del Padul la parda sierra.
Al lado dél, gemidora,
en sordo llanto deshecha,
su tierna esposa Morayma
la marcha prosigue, lenta;
y detrás, soberbia, fuerte,
la blanca frente altanera,
sigue la ambiciosa Aixa
la larga y pendiente cuesta,
fija la intensa mirada
en la ciudad que se aleja.
El sol que entonces asoma
por las gargantas estrechas,
refleja en la blanca nieve
de las cumbres del Veleta.
La ciudad, que blandamente
de su sueño se despierta,
lleva sus vagos murmullos
en alas del aura leda...
y el Rey Chico que no puede
dominar su pena intensa,
atrás torcando los ojos
la mira por vez postrera.
Y al contemplar de sus muros
las pardas torres enhiestas
flotando en ellas al viento
del cristiano las banderas...
Y al ver allá, entre las brumas
que de sus bosques se elevan,
la hermosa Alhambra morisca

recinto de sus grandezas;
 y la sierra destacándose
 con su nevada cabeza,
 y sus bosques, y sus ríos
 corriendo mansos la vega...
 No pudo tener las lágrimas
 que rebosaron inmensas,
 quemándole las mejillas
 rugosas ya por las penas.
 Y dando rienda á la cuita
 que el pecho rompe violenta,
 lanzó un intenso suspiro
 mezcla de grito y de queja. (1)

Entonces Aixa su madre,
 por el despecho soberbia,
 con rugido de leona
 le dice de esta manera:

—¡Llora, si, como mujer,
 la corona que ahora dejas;
 llórala, ya que cual hombre
 no has sabido defenderla!—

Y dando á su yegua freno
 que dél libre arranca suelta,
 huyó de Boabdil, perdiéndose,
 entre las rocas escuetas.

Y él, que tiembla de su madre
 con la salvaje fiereza,
 llora más... ¡que hasta el destino
 le niega el consuelo della!

.
 ¡Allá va!... Mudo, sombrío,

(1) El sitio desde donde Boabdil contempló por última vez á Granada, se conoce con el nombre de *Suspiro del moro*. Es una estrecha garganta de la sierra del Padúl, que forma parte de la carretera de Motril, desde cuyo punto se pierden las torres de Granada para dar vista á la costa. Este lugar ha dado asunto á numerosas leyendas, que no puede por menos de recordar el viajero al atravesar el *Suspiro del moro*.

ya ha traspuesto la alta sierra;
solo le espera ya el África
con sus desiertos de arena.
Y aún allí, cuando postrado (1)
los ojos, pálido, tienda
hacia las brumas de Oriente
que su ciudad le recuerdan,
hasta la brisa, llegando
sobre la espuma que rueda,
*¡Maldito, dirá, maldito,
quien hace á su padre ofensa!*

(1) Los árabes cuando se arrodillan para orar, dirigen la vista hacia el Oriente, donde se encuentran, mirando desde Africa las costas andaluzas, como dedicando un recuerdo á su ciudad y á sus Reyes. (Mármol: *Rebelión de los moriscos*.)

Esta leyenda fué publicada en 1886 con un prólogo del ilustrado poeta D. Francisco Jiménez Campaña, y dedicada al exministro de la Gobernación D. Raimundo Fernández Villaverde. La editamos aquí nuevamente, para no dejar incompleta esta colección de romances.

Aliatar.

— 1484 —

I.

Desgarrando los hijares
de sus fogosos corceles,
que aún rendidos de la lucha
hijos del viento parecen,
los turbantes destrenzados,
flotando los alquiceles,
rotos escudos y lanzas
y deshechos los arneses,
doscientos moros vencidos
escapan cobardemente
de la rota de Lucena,
temerosos de la muerte.
Aliatar que los dirige
el duro potro revuelve,
y tiende hácia atrás los ojos
que en cólera se le encienden:
y al recordar que en Lucena
queda la más de su gente,
y que del propio Rey Chico
acaso es fatal la suerte,
arde en ansias de tornarse,

grita, avanza, se detiene,
y se mesa los cabellos
que orlan de plata su frente.
Pero el vértigo lo impulsa,
el miedo en los suyos crece,
y espoleando los potros
bañados de espuma hirviente,
como relámpagos parten
buscando de Loja el fuerte,
y cruzan vertiginosos
valles, prados y vertientes.

II.

Arrostrando del Genil
la caudalosa corriente,
entre cuyas turbias ondas
hallaron muchos la muerte,
lograron los fugitivos
en campo de Iznajar verse,
creyéndose al fin seguros
de las victoriosas huestes.
En el despecho encendidos
que los ciega y enfurece,
buscando innoble desquite
del desastre que padecen,
entran talando cosechas,
roban ganados y bienes,
y del botín satisfechos
la marcha de nuevo emprenden.

.....
Allá, al lejos, entre nube
de polvo que los envuelve,
se ven avanzar de pronto
un centenar de ginetes.
Al verlos, paran los miosos
la marcha de sus corceles;

y alzándose en los estribos
con los ojos impacientes
miden las fuerzas contrarias;
son escasas, y no temen.
Son soldados de Castilla,
aunque contados, valientes;
don Alonso de Aguilar
los manda, y rápidos vienen
á cortar la retirada
de los pocos combatientes
que escapen de la refriega
que en Lucena se sostiene.
Horrible ha de ser el choque
cuando las fuerzas se encuentren:
acorrados los moros,
lentos de cólera al verse
con un tropel de cristianos
que como presa se ofrecen,
lucharán desesperados
sembrando á ciegas la muerte,
ganosos de la venganza
que les depara la suerte.
Y los nuestros animados
por el triunfo que presienten
viendo escapar de Lucena
aquella mermada hueste,
habrán de cargar furiosos
hasta morir ó vencerles;
que los bravos de Castilla
ó logran victoria ó mueren.

III.

Avanzaron los cristianos,
y apenas se vieron cerca
del moro, enristraron lanzas,
caláronse las viseras,

y clavando en los hijares
de sus potros las espuelas,
se avalanzaron furiosos
con tan potente rudeza,
que los infieles cejaron
llegando hasta las riberas
del Genil, y allí se afinan
con salvaje resistencia.

En la firmeza, en el brío
y en las insignias que lleva,
conoce Aliatar al punto
á D. Alonso, y le reta.

Son mortales enemigos,
son dos rayos de la guerra
que de cien escaramuzas
tienen atrasadas cuentas.

La reta de la Axarquía
dejó en D. Alonso impresas
heridas que su honor manchan,
y no perdona la afrenta.

El viejo alcaide lo irrita,
los campeones se acercan,
y al primer bote de lanza
de Aliatar, se tambalea

don Alonso, y la coraza
le salta pedazos hecha.

Ronco Aguilar de coraje
recobra pronto las fuerzas,
y cayendo sobre el moro
tan fuerte bote le arrecia,
que saltan rotas las lanzas,
el escudo y la rodela.

—«Aliatar ríndete, grita
don Alonso con fiereza;
aún te perdono la vida,
aún te concedo indulgencia.»

—«Ni á tí, ni á cristiano alguno

se rinde Aliatar», contesta
este cargando con impetu,
ciego ya por la soberbia.
No bien oyóle estas frases
Aguilar, la espada aferra,
y avanzando como un rayo
descarga con tal violencia
un tajo sobre el alcajde,
que rompiendo la visera
y penetrando hasta el cráneo
le parte en dos la cabeza.
El cuerpo del moro exánime
rodando sobre la arena
del Genil, flotó en las ondas,
que siguiendo su carrera
roncas y turbias lo arrastran,
y jugando con su presa
ora lo azotan rugientes,
ora á la orilla lo acercan,
y al deslizarse parece
que murmurando lo besan.

IV.

Ni uno sólo de los moros
escapó de la pelea;
al ver morir al alcajde
el miedo mermó su fuerza,
y unos rodaron al polvo,
otros buscando defensa
en la fuga, sucumbieron
al cruzar las turbulentas
ondas del Genil, y muchos
se dieron sin resistencia.
Don Alonso con los suyos
recogió heridos y presas,
y ya cercana la noche
se tornaron á Antequera.

V.

Cuando despuntó la aurora
 sobre las rocas escuetas,
 y los cansados labriegos
 tornaron á sus tareas,
 cerca de Benameji
 hallaron en la ribera
 del rio, el cuerpo de un moro
 que el agua arrojó á la arena.
 Su férrea mano oprimía
 un rico alfanje, y sus prendas
 mostraban bien á las claras
 que era mucha su nobleza.
 Las águilas de las rocas
 olfateando la presa,
 saciaron en el cadáver
 sus corvos picos, hambrientas.
 Lloráronle los musulmes,
 y el cristiano cobró fuerzas;
 que era el terror de Castilla
 aquel león de la guerra.

Al escribir este romance hemos ajustado los hechos á la narración que trae Lafuente en su *Historia de Granada*. Y es muy extraño que Bernádez, que tan veraz y minucioso es en los detalles de aquella guerra, nada diga sobre este lance personal en que sucumbió el bravo Alcayde de Loja; antes por el contrario, dice que murió ahogado en el rio Genil al intentar vadearlo.

Ibamos, pues, á no dar crédito á la narración de Lafuente, teniéndola por fabulosa, cuando vino en nuestro auxilio el P. Ruano, diligente y verídico en historias y genealogías cordobesas, el cual dice sobre este punto: «Recibíolas (habla de las tropas de Aliatar que iban huyendo) por frente con muchísimo extrago don Alonso Fernández de Córdoba, señor del estado de Aguilar, que venia á la batalla con la caballería y gente de Antequera, matando por su persona á lanzadas al grande Alcayde de Loja Hali-Hatar, Señor de Zagra, Capitan general de todo el reino de Granada, y suegro del rey prisionero, cuya lanza era temida en la frontera, aunque ya tenía ochenta años de edad.»

El alfanje de Aliatar fué recogido por un paisano de nombre Lucas Hurtado, quien lo regaló á D. Luis Fernández Portocarrero, Señor de Palma. Así lo dice Lafuente.

Hamet el Zegri.

== 1487 ==

I.

—«Decid á quien vos envía
que no se rinde la plaza;
que he jurado defenderla
contra las tropas cristianas,
y exige este juramento
antes morir que entregarla.
Id en paz, noble emisario;
y decid á los Monarcas
que en vano afincan el cerco,
porque no se rinde Málaga.
Que aún tenemos provisiones,
que aún restan brazos y lanzas
para defender los muros
palmo á palmo en la batalla;
y que si los muros ceden
al golpe de sus bombardas,
sabremos hacer invictos
de nuestros pechos murallas!»—
De aquesta guisa responde
con la faz desencajada,
el caudillo Hamet Zegri

Gobernador de la plaza,
 al valeroso Pulgar
 que el rendimiento demanda,
 en el nombre de sus Reyes
 que ya la tienen sitiada.

—«Piensa, Hamet, en lo que dices,
 replica Pulgar con rabia;
 ¡Vé que la suerte propicia
 se muestra á nuestros monarcas;
 ahora te brindan honores;
 piensa que acaso mañana
 tengas que humillarte esclavo
 para besarles las plantas!»—
 —«No tiene lanzas Castilla
 para hacerme esclavo!»—

—«¡Basta!...

Pues que su favor rehuyes;
 pues que desprecias la alianza,
 cesen, Hamet, las razones,
 y hablen solo las armas.
 En breve sabrán mis Reyes
 poner castigo á tu audacia...
 ¡Guay de tu loca soberbia,
 y guay de la hermosa Málaga!»—
 Así Hernán Pérez replica
 volviendo al Zegri la espalda,
 y á su campamento torna
 donde las nuevas aguardan.

II.

Bastó un impulso supremo
 de las católicas armas,
 para traspasar los muros
 de la poderosa Málaga;
 no sin que de entrambas partes
 heroicamente brillaran
 rasgos de valor insignes,

honrosísimas hazañas.
 Cuando ocupó nuestro ejército
 muros, fuertes y atalayas,
 hallóse al Zegrí encerrado
 con su gente en la Alcazaba,
 guardando de Gibralfaro
 la inespugnable muralla.
 Luchó buscando la muerte
 con tal fiereza y pujanza,
 que acaso costó apresarle
 más que someter la plaza...
 ¡Grande y santo patriotismo!...
 ¡Alma noble que encerraba
 las virtudes de los héroes
 que los trovadores cantan!

.
 Arrastrando las cadenas
 de la esclavitud tirana;
 vencido, mas nó domado;
 lejos de la amante patria
 murió aquel bravo caudillo
 para orgullo de su raza,
 dando un ejemplo á la Historia
 de nobleza musulmana. (1)

(1) La fortaleza de Gibralfaro donde se atrincheró Hamet Zegrí, fué ganada por la traición de Mohamad Ben Dordux, hijo de Ali Dordux, moro principal de Málaga que fué el que otorgó las capitulaciones con los Reyes Católicos.

Mohamad Ben Dordux, só pretesto de entrar en la fortaleza á conferenciar con Hamet Zegrí, atrajo á muchos de los soldados con ofertas lisongeras, aprisionó á Hamet, y le cargó de cadenas.

Algunos capitanes castellanos acudieron á conocer á este caudillo célebre y á cerciorarse si toleraba magnánimo su infortunio, ó si la humillación del vencimiento quebrantaba su espíritu altanero. Bien satisfechos quedaron de su fortaleza, cuando preguntado qué le movió á tan obstinada resistencia, contestó: «Yo acepté el gobierno de la ciudad, y juré defender mi patria, mi ley, y el honor del que en mí confió: me han faltado ayudadores; á no ser así, hubiera muerto peleando.»

Los vencedores no hicieron justicia en esta ocasión al valor de tan heróico soldado, y le condenaron á prisión rigorosa, llevándole á Carmona, donde murió, sin pedir merced á sus vencedores. (Lafuente; *Historia citada.*)

Una hazaña de Pulgar.

= 1489 =

I.

Sitiando á Baza los Reyes,
donde se dieron tan altas
muestras de valor heróico,
de hidalguía castellana,
de ingenio caballeresco,
de nobleza acreditada,
llevó á término Pulgar
la empresa más temeraria
que cantaron trovadores
en cadenciosas estancias.
Ganoso de correr tierra
á los fronteros de Baza,
pidió licencia á los Reyes;
y acordando la jornada
con otros bravos caudillos
gente joven y bizarra,
abandonaron los Reales
al nacer una mañana,
cayendo sobre el Zenete
con sorpresa inesperada.

II.

No hubo daño que no hicieran,
ni moro que no apresaran,
en los campos del Zenete,
desde Guadix hasta Baza.
Tornábanse ya á los Reales,
conduciendo presas tantas
que aumentaban la fatiga
haciendo lenta la marcha,
cuando al llegar á un paraje
que nombran Val de Retama,
se vieron presto cercados
por grandes fuerzas contrarias.
A la vista de un ejército
con fuerzas más que dobladas,
unos intentan la fuga,
otros prefieren batalla;
y todos se arremolinan
como cobarde manada
de corderos indefensos,
que hambrientos lobos atacan.
No hay en ellos un caudillo
que ose avanzar; todos callan,
y no hay una voz que anime,
ni un solo rasgo de audacia.
Pulgar comprende que al cabo
aquellas fuerzas cercanas
darán buena cuenta déllos
sinó aceptan la algarada.
Y dando un ejemplo á todos
de inconcebible arrogancia,
ató una toca de lienzo
á la punta de su lanza;
y espoleando el caballo,
que al sentirse herido arranca,

avanzó delante dellos,
diciendo aquestas palabras:
—«¡Para sucumbir cobardes
no son precisas las armas;
los que no acepten la lucha
harán traición á su espada,
y no merecen un puesto
en las filas castellanas.
¡Si hay valientes que me sigan,
bandera lleva esta lanza!»—
Así diciendo, arremete
á las tropas musulmanas;
y venciendo la flaqueza
de su gente anonadada,
cargan todos con tal ímpetu,
sobre las huestes que avanzan,
que al choque rudo y violento
las turban y desbaratan.
Ya no son los caballeros
ovejas atribuladas,
sinó bizarros leones
que se revuelven y atacan,
siendo un rayo que divide
cada tajo que descargan.
Al fin huyen los infieles,
y van dejando sembrada
la tierra con los heridos
que no resisten la marcha.
Más de trescientos peones
murieron en la jornada,
cayendo muchos esclavos
de nuestras invictas armas.
Y el católico Fernando
sabedor de aquella hazaña,
con que Pulgar dió una prueba
de su valor y su audacia,
armándole caballero

le ciñó su propia espada,
y calzóle espuela de oro,
signo de ilustre prosapia.
Así comenzó Hernán Pérez
aquellas empresas altas,
que, nuevo Cid, le valieron
imperecedera fama.

Por eso le hacen justicia
desde aquella edad pasada,
y le apellida la Historia

Pulgar el de las Hazañas (1).

(1) Para más honrarle, y perpetuar la memoria de tal hazaña en su linaje, Fernando é Isabel concedieron á Pulgar un escudo de armas en el que aparece un león de oro, en campo azul, levantando con sus garras una lanza, en cuyo extremo ondea una toca: en la orla del escudo, se ven los once alcaides de los once castillos del Zenete, que iban en la hueste, y fueron vencidos por Pulgar; y por lema se lee la máxima de un filósofo griego, elegida por el mismo Pulgar, que se dedicaba en sus ratos de ocio al estudio de las letras:

«*Tal debe el hombre ser, como quiera parecer.*»
(Lafuente; *Historia citada*; tomo 4.^o)

Un castellano leal.

= 1489 =

I.

Sitiada tiene Fernando
la fortaleza de Baza,
plaza de mucha cuantía,
bien guarnida y torreada.

Muy mucho afinan el cerco;
pero muy mucho la guardan,
que no es en vano su alcaide
el noble moro Cid-Hiaya.
Y á las claras se colige,
por la defensa bizarra,
que ha de costar á los nuestros
mucho sangre conquistarla.

II.

En un asalto violento
que dió el cristiano á la plaza,
ganoso de poner cima
á empresa tan porfiada,
cayeron los musulmanes
con tal ímpetu y audacia

sobre las estancias reales,
que á poco esfuerzo las ganan.

Allí se vieron empresas
casi imposibles, hazañas
que dieron lustre á guerreros,
y gloria á nuestros monarcas.

.
De musulmanes cercado
que le acribillan y atajan;
defendiendo su bandera
en lucha desesperada;
el bravo Juan de Perea
alférez de las mesnadas
del gran Cardenal Mendoza,
heróicamente batalla.

De un tajo rudo y certero
que los moros le descargan,
siente arrebatado el brazo
con que la bandera afianza;
y brazo y bandera ruedan,
y el moro quiere ganarla,
viendo en prenda tan lucida
un galardón de importancia.
Ya está el alférez rendido;
ya sus fuerzas agotadas
no pueden parar el impetu
de los moros que le asaltan.
Pero revuélvese airado
cada vez que un moro avanza,
porque perder la bandera
es cobardía que mancha.
De repente se apercibe
de aquella lucha obstinada
don Rodrigo de Mendoza;
pica espuela, el potro arranca,
y cual león que acomete
en medio de todos salta.

Cargan al verlo los moros,
más también los nuestros cargan
y crece etra vez la lucha
entre las fuerzas contrarias.

III.

Cuando entre nubes de polvo
se decidió la batalla,
y los moros fugitivos
se refugiaron en Baza,
el bravo Juan de Perea,
casi exánime tornaba
en brazos de sus leales
hacia las reales estancias.
Allí cayó muerto en tierra
delante de los monarcas,
aferrando con su mano
la bandera castellana. (1)

(1) Fundamos este romance en un episodio que trae Lafuente Alcántara en su citada *Historia de Granada*. Y por cierto que este rasgo heroico, que atribuye Lafuente á Juan de Perea y no hallamos referido por otros historiadores de Granada, tiene su precedente en otro análogo del reinado de Doña Urraca de Castilla. Durante las luchas civiles entre aquella reina y su esposo Don Alonso de Aragón, dióse la memorable batalla de Camdespina, en la cual un alférez llamado Don Alonso de Olea, que llevaba la bandera triunfante en lo más recio del combate, fué herido en un brazo de un tajo que se lo desgajó por completo, cayendo al suelo el brazo y la bandera. Ya iban á apoderarse de ella los contrarios, cuando revolviéndose furioso el alférez recobró su bandera afianzándola con la otra mano, hasta que fué socorrido y salvado de la refriega.

Este hecho, consignado por Mariana y otros historiadores, consta en una ejecutoria de nobleza (códice en pergamino que obra en nuestro poder) concedida á la familia de los Oleas.

Quizá Lafuente se hizo eco de este rasgo heroico en el pasaje á que nos referimos.

La hazaña del Ave María.

= 1490 =

I.

Hasta los dientes armados,
y antes de apuntar el alba,
quince bizarros ginetes
dejan los muros de Alhama.
Nadie conoce los fines;
pero de fijo se alcanza
que yendo Pulgar con ellos,
van á emprender una hazaña.
—«Con verdad vos digo, Hernando,
que es la empresa temeraria;
y á no pecar de menguado,
de fijo no os la ayudara.»—
—«Téngovos por bien nacido,
y por buena vuestra espada,
y no me place escucharos
hablando mal de mi audacia:
Ca non es de fijos-dalgos,
ni guerreros de prosapia,
hablar mal de quien hiciera
empresas más arriesgadas.»—
—«Ved, Hernando, que vendemos

la vida en esta jornada,
sin que logremos dar cima
á acción por demás ingrata.»—
—«Nadie vos mueve á seguirme;
bien estareis en Alhama;
que yo me juzgo sobrado
para llegar á Granada,
y clavar en la Mezquita
este cartel y esta daga...
Y ya me estoy barruntando
al escuchar vuestra fable,
que habeis, de arriesgaros miedo,
propio de gente villana.»—
—«¿Miedo digisteis?... ¡Por Cristo,
que vuestro insulto me cuadra!
¡Haber miedo Garcí Pérez!...
Poneros, Hernando, trabas
en la lengua, ó yo vos juro
que aquí mesmo he de arrancárosla.
Si fazañas vos hicisteis,
también yo logré fazañas;
cá non por ser de Pulgares
son las vuestras más honradas.
Y á fuer de hidalgo vos juro
que si vos clavais la daga,
he de completar la empresa
poniendo fuego en Granada.»—
Callóse Pulgar al reto,
callóse porque le alhaga
llevar para tal empresa
caballeros de esta traza.

II.

Dáuro arriba, Dáuro arriba
van los quince aventureros;
por Bibataubín entraron

pasando el muro sin riesgo.
Y velados por las sombras
que van su manto tendiendo,
en la Puente de la Paja
todos paran con silencio.
Allí descabalgan; unos
permanecen al acecho;
y Pulgar con los restantes
siguiendo el cáuce directo,
llegan fronteros al muro
que dá á la Mezquita acceso.
Y saltando prontamente,
avanzaron sin recelo,
llegando hasta la Mezquita
con raro valor y esfuerzo.
Allí se arrodilla Hernando;
saca una daga y un pliego
donde está el Ave-María
por sus propias manos puesto,
y clavándola en la puerta
dice con santo respeto:
—«Sed, compañeros, testigos
de que aquí clavo mi acero,
dejando el Ave-María
cautiva del agareno...
Y que fincado de hinojos
juro como caballero,
tornar á darle recate
á los infieles venciendo.»—
Así dijo: y levantándose
alejóse de allí presto,
llevando tras sí, asombrados
á sus nobles compañeros.

III.

Por la parte de Bib-Rambla
están tocando á rebato;

guardias y rondas acuden
aquella alarma extrañando.
Es que Pulgar y los suyos
en la Alcaycería entraron,
poniendo fuego á sus tiendas
ricas en seda y brocados,
Cunde el incendio; las rondas
dan al fin con los cristianos,
y trábese fuerte lucha
que vá la alarma aumentando.
Y á favor de las tinieblas,
y blandiendo recios tajos,
logran los aventureros
poner sus cuerpos á salvo.
Trepan al río; recogen
con los demás sus caballos,
y más ligeros que el viento
vân por la vega trotando.

.
Cuando al despuntar la aurora
á seguirlos se aprestaron,
ya estaban cerca de Alhama
los caballeros cristianos (1).

(1) Los Reyes Católicos en recompensa de esta hazaña heroica, que prueba hasta donde llegaba el entusiasmo religioso, el valor y espíritu caballeresco de Pulgar, hicieron á este y sus compañeros grandes mercedes: concedieron al primero asiento de honor en el coro de la Catedral de Granada, cuyo privilegio han conservado, tras largo litigio, sus descendientes los Marqueses del Salar, y señalaron para su sepultura el mismo sitio donde se arrodilló para clavar su emblema religioso, cuya tumba se conserva con veneración.

(Martínez de la Rosa: «Bosquejo histórico de Hernán Pérez del Pulgar el de las hazañas.»)

El reto de Tarfe.

—1491—

I.

Armado de todas armas
con gallarda gentileza,
sale de Granada Tarfe
atravesando la vega.
Su rostro tostado animan
el despecho y la soberbia,
y vá ganoso de hazaña
según la prisa que lleva.
Viste bruñida coraza
sobre marlota vaquera,
y escudo de fuerte acero,
con casco, lanza y rodela.
Y del arzón del caballo
lleva pendiente el emblema
del glorioso *Ave-Maria*,
que el noble Pulgar pusiera
con su daga en la mezquita
logrando bizarra empresa.
Y cuando ya fué llegado
al Gosco, donde se asientan
los Católicos monarcas
y su más alta nobleza,
ardiéndole el pecho en ira

y quitando al potro rienda,
mostró el emblema á los Reales
y gritó desta manera:
— «¡Si hay cristianos bien nacidos
que juzguen fácil la empresa
de partir conmigo el campo
y rescatar esta enseña,
salgan, que yo los espero;
y ha de probarles mi diestra
que si el ultraje fué grande
sabré cobrarles la ofensa.
Salga Pulgar el famoso,
Tendilla, Cabra ó Ureña,
que no es un moro villano
sinó Tarfe quién les reta.
Y si hubieran estos dichos
miedo ó cobardía cierta,
salga el propio rey Fernando
si á tanto lance se arriesga.
Que si es noble por ser rey
y es preclara su nobleza,
yo soy hermano de reyes
y noble hijo de reinas.
Salgan todos, si uno solo
se tiene pequeño en fuerzas,
y cobren este cartel
que mi alazán pisotea!» —
Dijo; y revolviendo el bruto
mostró á las cristianas tiendas
el glorioso *Ave-Maria*
arrastrando por la tierra.

II.

Temblando á todos la barba
de rabia, más no de miedo,
delante del rey Fernando

concurrer los caballeros.
Todos disputan la hazaña,
todos aceptan el reto,
y en castigar el ultraje
quisieran ser los primeros.

—«Á mí toca, pues yo he sido
retado con más empeño,
castigar del moro Tarfe
el insulto manifiesto:

Que no por ser el Monarca
pasar por menguado debo,
arriesgando en esta empresa
á ningún buen caballero.»—

—«¡Señor!—replicóle á punto
un muy gallardo mancebo,
tan mozo, que cuatro lustros
apenas sus ojos vieron;
¡nunca llegaron los reyes
á cruzar su noble acero,
con menguados campeones
indignos de tanto estuerzo.

Ceded, señor, esta empresa;
no os expongais á tal riesgo,
que solo intentarlo es mengua
de vuestros nobles guerreros.

Yo mesmo, Señor, os pido
con homildoso respeto
vuestra vénia soberana,
si me juzgais digno dello,
para salir á la vega
y rendir al agareno,
ofreciéndcos su cabeza
en señal del vencimiento.»—

—«Alzad, alzad, Garcilaso,
y no os finqueis en el suelo;
bástame vuestra arrogancia

concurrentes los caballeros.
Todos disputan la hazaña,
todos aceptan el reto,
y en castigar el ultraje
quisieran ser los primeros.
—«Á mí toca, pues yo he sido
retado con más empeño,
castigar del moro Tarfe
el insulto manifiesto:
Que no por ser el Monarca
pasar por menguado debo,
arriesgando en esta empresa
á ningún buen caballero.» —
—«¡Señor!—replicóle á punto
un muy gallardo mancebo,
tan mozo, que cuatro lustros
apenas sus ojos vieron;
¡nunca llegaron los reyes
á cruzar su noble acero,
con menguados campeones
indignos de tanto esfuerzo.
Ceded, señor, esta empresa;
no os expongais á tal riesgo,
que solo intentarlo es mengua
de vuestros nobles guerreros.
Yo mesmo, Señor, os pido
con homildoso respeto
vuestra vénia soberana,
si me juzgais digno dello,
para salir á la vega
y rendir al agareno,
ofreciéndcos su cabeza
en señal del vencimiento.» —
—«Alzad, alzad, Garcilaso,
y no os finqueis en el suelo;
bástame vuestra arrogancia

parten tan vivos reflejos,
que parece áscua de oro
desde la cintura al cuello...
Tal vá de airoso garrido,
que á no llevar casco y peto
se creyera por las trazas
que iba á jugar un torneo.
Vióle Tarfe, y refrenando
su potro, esperó el encuentro,
creyendo ser el ginete
algún noble caballero.
Y temiendo Garcilaso
que al ver el moro á un mancebo,
quisiera esquivar la lucha
con él, teniéndole en menos,
bajándose la visera
avanzó firme y resuelto,
llegando cerca de Tarfe
que le esperaba sereno.
Así Garcilaso dijo
parando el potro de récio:
—»Solo en cobardes infieles
deslenguados y soberbios,
cabén insultos al nombre
que aparezca en ese pliego.
Yo vengo á darle rescate,
cumpliendo así el juramento
que hizo Pulgar, cuando puso
en la Mesquita su acero;
apréstate á la defensa,
lucha fuerte, hiere récio,
que ya te dirá mi brazo
si fué aventurado el reto.»—
Así dijo; y arrancando
los campeones á un tiempo,
saltaron rotas las lanzas

al rudo choque violento.
 Titánica fué la lucha,
 formidables los encuentros,
 pero al fin rindióse Tarfe
 rodando exánime al suelo.

.
 Cuando Gonzalo de Córdoba
 armado todo de hierro,
 abandonaba los Reales
 buscando al moro, colérico,
 avanzaba Garcilaso
 ya vencedor, conduciendo
 la cabeza cercenada
 de Tarfe, como trofeo;
 y lleno de noble orgullo,
 mostraba sobre su pecho
 el rótulo *Ave María*,
 rescatado por su esfuerzo.

IV.

—«¡Señor: mi vida arriesgando
 y á mi fé pidiendo fuerzas,
 he vencido al agareno,
 aquí teneis su cabeza;
 y pues en ello he faltado
 con harta desobediencia
 al para mí siempre justo
 mandato de vuestra Alteza,
 yo sufriré resignado
 el castigo que merezca,
 dándoos mi vida, Señor,
 si debo pagar con ella!»—
 —«Levantáros Garcilaso;
 levantáros con presteza!
 díjole el rey don Fernando
 tendiéndole la su diestra.

No cumple á reyes honrados
castigar tales proezas;
ánten bien, deben premiarlas
con mercedes que ennoblezcán.
Quiero que el Ave-María
en vuestro escudo aparezca,
con un moro en campo rojo
rendido por vos en tierra.
Y pues en la vega hicísteis
hazaña de tal nobleza,
de hoy más habreis de llamaros
Garcilaso de la Vega. (1)

FIN

(1) Para simbolizar este triunfo del Ave-Maria, los Reyes Católicos, además de los honores que mereció Garcilaso, concedieron á la ciudad de Santafé, fundada poco despues en los mismos terrenos que ocupaban las Tiendas del ejército sitiador de Granada, grandes privilegios, y el escudo de armas de Garcilaso, en el que figura la cabeza de Tarfe clavada en una pica, y pendiente de su hierro el cartel del «Ave-Maria.»

(Pedraza: «Historia de Granada.»)

ÍNDICE

PAGINAS

Dedicatoria.	5
Prólogo.	7
La sorpresa de Zahara.	13
La toma de Alhama.	19
La venganza del rey moro.	23
Un caballero cristiano.	27
La Cruz del Maestre.	31
El conde de Cifuentes.	37
La hazaña de los donceles.	43
La algarada de Lucena.	51
Aliatar	67
Hamet el Zegri.	73
Una hazaña de Pulgar.	77
Un castellano leal	81
La hazaña del Ave-Maria.	85
El reto de Tarfe.	90

1740
1741
1742
1743
1744
1745
1746
1747
1748
1749
1750
1751
1752
1753
1754
1755
1756
1757
1758
1759
1760

